

XIV Domingo Tiempo Ordinario

Zacarías 9, 9-10; Romanos 8, 9. 11-13; Mateo 11, 25-30

«Venid a mi todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré»

3 Julio 2011 P. Carlos Padilla Esteban

«Vosotros no estáis sujetos a la carne, sino al espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros»

El agobio y el cansancio parecen ser parte del equipaje para el camino. Nos agobiamos ante la vida que nos llena de incertidumbres y problemas, siempre nos falta tiempo para todo. Nos sentimos desbordados por los desafíos y flaqueamos cuando vemos que las fuerzas nos abandonan. ¿Dónde descansamos? ¿En quién descansamos? Necesitamos lugares y personas en las que colocar nuestros agobios, todo lo que nos agota. Confiamos demasiado en nuestras fuerzas y el esfuerzo acaba pasando factura. En Cristo podemos entregar nuestros agobios y cansancios porque Él es nuestro alivio y amparo: «*Venid a mi todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré*». Muchas veces no lo hacemos. Creemos que podemos solos, que no necesitamos a nadie. Cargamos nuestro cansancio y nuestras preocupaciones sin buscar un lugar de reposo. Cristo, María en el Santuario, son el lugar de nuestro descanso. Necesitamos volver una y otra vez a descansar. Se nos olvida, no rezamos por obligación, rezamos por necesidad, el corazón necesita la paz de la oración, el silencio del encuentro con Dios sin palabras. Las caricias calladas de nuestra Madre. El consuelo lleno de esperanza. Sólo así podremos ser nosotros lugar de descanso para otros. Cuando nosotros reposemos en la roca de Cristo, en su corazón abierto, otros podrán reposar en nuestra piedra quebradiza. **Sólo en la paz de Dios que dibujan nuestros gestos, otros recibirán esa paz que nosotros sólo acariciamos.**

El cansancio nos pesa, pero no por ello podemos dejar de luchar, porque creemos en lo que hacemos. Hace poco me acordaba de una frase de la película «*En busca de la felicidad*»: «*Nunca dejes que nadie te diga que no puedes hacer algo. Ni siquiera yo. Si tienes un sueño, ve a por él. La gente que no lo consiguió te dirá que no lo lograrás, pero si tienes un sueño, persíguelo y punto*». Estas palabras hablan de optimismo y esperanza. Estamos acostumbrados a escuchar críticas y a sentirnos rechazados en nuestros sueños. Los encuentran poco realistas o tal vez inalcanzables. Nos desanimamos al no encontrar los ecos que esperamos. Y entonces desistimos de las metas, nos desilusionamos y dejamos de luchar, nos quedamos sin hacer nada pensando que no es posible. Pero no podemos quedarnos en las expectativas que los demás tienen sobre nosotros. Tenemos que pensar en nuestros sueños y vencer ese cansancio tenaz que nos desanima o ese agobio ante la vida que nos quita la ilusión para seguir luchando. Tenemos que seguir adelante aunque algunos duden del éxito y de nuestras capacidades. Todo puede cambiar de un momento para otro. Estamos en camino. Podemos caernos. Podemos volver a empezar. El cansancio puede detenernos, pero sólo un momento. Recuperadas las fuerzas volvemos a luchar. Lo que los demás dicen nunca puede detener nuestro paso. Son palabras. La fe no nos la da la carne, sino el Espíritu que vive en nosotros y nos hace poner la mirada en lo importante. **En esa meta más allá de las cumbres, en esa meta que sólo ve el corazón.**

Nos importa nuestra vida, sin embargo, es llamativo cómo muchas personas viven más pendientes de la vida de los demás que de la propia. Siguen la vida de muchos por los programas de la televisión y opinan sobre cómo los demás deberían manejar sus relaciones, cuando ellos a veces no saben dar respuesta a sus problemas. ¡Qué rápido

criticamos a los otros y no valoramos los méritos de los que nos rodean! ¡Con qué facilidad hundimos a los demás, para que no destaque, para que no brillen! A todos nos gusta opinar sobre todo, aunque no sepamos. Nos revestimos de autoridad para desacreditar a otros y nos erigimos en los portadores de la vida auténtica. Nos encanta hablar más de la cuenta y opinar sobre otras vidas. Porque así creemos que nuestra vida está mucho mejor. Así, aunque nosotros no avancemos, tampoco los demás lo hacen y nos sentimos mejor. En pocas palabras: «*Pensemos que quizás si tenemos dos orejas y una sola boca, es para que escuchemos más y hablamos menos*»¹. Pero no conseguimos callarnos casi nunca y creemos que valemos más cuanto más defendemos lo que somos y tenemos. Una persona me decía: «*Valgo más por lo que callo que por lo que digo*». Es cierto. Somos dueños de nuestros silencios y esclavos de nuestras palabras. Enrique Rojas, en su artículo «*La educación de los hijos*», comentaba: «*Cuanto más vale un persona, más valora a los demás*». Cuando criticamos lo único que mostramos es que no estamos muy contentos con nuestra vida. Ante las críticas de otros pensemos antes qué es lo que buscan al hacerla. Pensemos si buscan un bien o un mal. Los juicios sobre nuestra vida son sólo juicios, no sentencias. Si nos los creemos y los hacemos propios, habremos condenado nuestra propia vida. **Habremos pronunciado sentencia y optado por no seguir luchando.**

Jesús nos quiere educar y lo hace con su vida, porque cree en nosotros. Quiere sacar lo mejor de cada hombre, por eso lo primero que hizo fue amarnos. Porque sabía que sólo el amor y no el rechazo saca lo mejor del alma. Si nos sabemos queridos en nuestro interior y en nuestra originalidad, responderemos con alegría y generosidad; dejarán de tener peso en el alma los juicios del mundo y estas palabras estarán claras en nuestro corazón: «*Ante los halagos y los insultos debéis mantener la misma postura: la imperturbabilidad*»². Es lo que deseamos aunque no siempre lo logramos. La crítica, el ataque a lo que hacemos o a nuestros sueños, logran desanimarnos. No conseguimos vencer los obstáculos cuando no nos sentimos amados de forma incondicional. Jesús nos ama tal y como somos, respetando nuestra originalidad y soñando con lo que podemos llegar a ser. Decía el P. Kentenich: «*Queremos sostener la fe en lo bueno que hay en el hombre, primero, a pesar de innumerables decepciones, aun cuando haya que registrar toda una cantidad de extravíos*»³. Es el punto de partida de toda educación. Creer en el hombre, en lo bueno que hay en nosotros, en lo bueno que se esconde detrás del pecado. Cada vez que damos un paso, cada vez que en nuestra lucha caemos y volvemos a levantarnos, Cristo nos recuerda que hemos nacido para la victoria y que la derrota no es parte de nuestro destino. Si sabemos que Él ya ha vencido, **¿por qué vivimos con tanto miedo a la vida?**

El único mandato que nos da Jesús directamente es el que hoy nos muestra el Evangelio: «*Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*». El resto de los mandatos los dejó escritos con su vida, con sus obras de amor, con su entrega, con sus parábolas. Sin embargo, quiso destacar un aprendizaje muchas veces largo y difícil. Aprender a ser humildes y a ser mansos. Nos dice cómo es Él. Refleja en dos palabras su identidad y no habla de su radicalidad o entrega, sino de su humildad y mansedumbre. A nosotros no se nos ocurre poner en el centro esta misión. Tratamos de aprender a ser confiados como niños, o a ser audaces para no temer los fracasos, o a ser libres para no vivir como esclavos. Pero la mansedumbre y la humildad casi ni nos parecen ideales tan atractivos. El yugo de Jesús es suave y nos enseña el camino de la mansedumbre y de la humildad: «*Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y encontraréis vuestro descanso. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera*». Mateo 11, 25-30. ¡Con qué facilidad nosotros nos sentimos superiores a los demás y con derechos sobre ellos! No

¹ Raúl de la Rosa, “El ermitaño que veía películas de Hollywood”, 146

² Ibídem, 64

³ J. Kentenich, “Textos pedagógicos”, 250

nos gustan los últimos puestos, nos molesta no ser tomados en cuenta o valorados, nos incomoda el silencio que no nos aprueba o los desprecios que destacan nuestras imperfecciones. Pero ser mansos y humildes no nos parece un ideal digno de ser deseado. Pensamos en personas humildes y mansas y nos damos cuenta del valor que tienen. Sin embargo, el ideal no tiene la fuerza de otros más intrépidos y valientes. Pensamos en San Francisco Javier, un santo intrépido y audaz y no lo vemos manso y humilde. Nos cuesta más mirar a San Pascual Bailón o al cura de Ars. Nosotros quisiéramos ser grandes y no pequeños, marcar la historia y no pasar por la vida de puntillas. Nos cuesta la imagen del cordero llevado al matadero. San Agustín pone las cosas en su sitio: «*¿Quieres ser grande? Comienza por ser pequeño. ¿Tratas de levantar un edificio grande y elevado? Piensa primero en la base de la humildad.*» La paradoja del cristianismo vuelve a aparecer con claridad. Tenemos que aprender la humildad y la mansedumbre. **Sin ese aprendizaje todo esfuerzo por ser santo es un intento vano.**

La humildad es un don que tenemos que suplicar cada mañana. Necesitamos la humildad para no creernos importantes, para no buscar reconocimiento, para aceptar con valentía nuestras debilidades y defectos. Humilde es el que se confronta con su pobreza y la acepta. Humildad es verdad. La humildad nos hace conscientes de la verdad más importante, estamos hechos de barro, no somos nada, pero, lo más importante, Dios nos ama profundamente. Esa verdad es más importante todavía. La humildad brota con la aceptación de nuestra vida, de lo que somos y tenemos. Decía San Bernardo: «*Es una virtud que incita al hombre a menosciparse ante la clara luz de su propio conocimiento. Esta definición es muy adecuada para quienes se han decidido a progresar en el fondo del corazón.*» La humildad no la podemos fingir, ha de ser auténtica. La humildad es un don que pedimos para estar felices con lo que Dios nos ha dado y sentirnos criaturas necesitadas. La humildad es reconocer también la verdad de nuestros talentos y dones. Además, ser humildes supone estar dispuestos a que los demás conozcan nuestra miseria y debilidad. ¡Cuántas fuerzas perdemos tratando de aparecer con el rostro mejorado ante los demás ocultando nuestras limitaciones! Nos cubrimos con máscaras para disimular nuestras heridas y esconder nuestras manchas. La humildad, por el contrario, nos lleva a estar dispuestos a darnos tal y como somos, sin esconder nuestras vergüenzas. No se trata de airear nuestros pecados, porque no pretendemos escandalizar. Pero tampoco queremos vivir bajo la imagen ideal que nos hemos creado para proteger nuestra autoestima. **Ser humildes es ser auténticos, es ser como somos, sin escondernos.**

La humildad, por último, nos lleva a estar dispuestos a que nos traten de acuerdo a lo que somos, en consonancia con nuestras debilidades. Una cosa es que nosotros seamos conscientes de nuestros límites, otra muy distinta es que nos señalen con el dedo y nos dejen de lado para ciertas cosas al constatar nuestras carencias y debilidades. Aceptar con alegría las humillaciones es un gran crecimiento en el camino de la humildad. «*Los que nos humillan son nuestros amigos y no los que nos alaban*» decía el Santo Cura de Ars. Y es cierto que el mejor camino para crecer en el amor es la humildad, como lo recuerda este gran santo humilde: «*La humildad es el gran medio para amar a Dios. Es nuestro orgullo lo que nos impide ser santos*»⁴. La humildad y el amor van de la mano. Decía San Bernardo: «*La caridad es un alimento dulce y agradable que reanima a los cansados, robustece a los débiles, alegra a los tristes y hace soportable el yugo y ligera la carga de la verdad.*» Es fruto del camino que recorremos. La humildad nos hace necesitados y buscadores del amor de Dios. **Nos hace niños dependientes e hijos ansiosos por recibir el amor de Dios.**

La primera lectura nos hace pensar en esa alegría que debería llenar nuestros corazones por el hecho de sabernos tan pobres y pequeños: «*Alégrate, hija de Sión; canta,*

⁴ Santo Cura de Ars, “Hablar con Jesús”, 164

hija de Jerusalén; mira a tu rey que viene a ti justo y victorioso; modesto y cabalgando en un asno, en un pollino de borrica. Dominará de mar a mar, del Gran Río al confín de la tierra». Zacarías 9, 9-10. Es la alegría que surge de la humildad. Un rey que llega montado en un pollino no es un rey poderoso. Un rey que triunfa desde la pobreza y pequeñez, no basa su victoria en sus fuerzas, no busca la gloria. Es la alegría que no depende de conservar lo que tenemos. ¡Tantas veces creemos que cuanto más retenemos más felices somos! Las pérdidas nos quitan la alegría. El que nada tiene, nada teme. El que no se ata, no se agobia al perder. El que ha puesto su alegría en Dios, nadie se la podrá quitar: «*Bendeciré tu nombre por siempre, Dios mío, mi rey. Que proclamen la gloria de tu reinado, que hablen de tus hazañas. El Señor es fiel a sus palabras, bondadoso en todas sus acciones. El Señor sostiene a los que van a caer, endereza a los que ya se doblan*». Sal 144, 1-2. 8-9. 14. Es la sabiduría del pobre que ha puesto su confianza sólo en Dios, no en sus méritos ni en sus muchas fuerzas, ni en todo lo que posee. **Su confianza descansa en Dios, en Él encuentra la paz.**

Jesús nos pide que seamos mansos. Hace poco un niño le preguntó a su madre: «*Mamá, ¿qué significa ser manso? Su madre le dijo: - Tú eres manso, hijo. Y el niño se quedó pensando*». Tal vez no acababa de entender por qué él era manso. No sabía si era un halago. Su madre lo sabía, sabía que su hijo era especialmente tranquilo, dócil y bueno. La mansedumbre es un don que Dios nos regala. Las grandes discusiones, las peleas, los odios y rivalidades surgen cuando nos falta mansedumbre en nuestro actuar. Pero, ¡qué difícil es no responder con violencia a la violencia! El hombre manso reacciona con dulzura a la adversidad, no crea tensiones, no produce guerras. No es signo de debilidad, porque es un fruto del Espíritu Santo en el alma a Él consagrada. La mansedumbre nos hace controlar las pasiones y no nos deja llevarnos por ellas. El otro día leía sobre la actitud ante las pasiones: «*Los deseos y las pasiones son una fuerza tan grande, que si luchas contra ellos te destruirán. Es como querer dejar de respirar porque estás rodeado de malos olores. Cambia de lugar, busca uno donde el aire sea más limpio. Cámbiate a ti, busca lo mejor que encuentres en tu interior y podrás dirigir esa fuerza incontenible a tu favor*»⁵. El fruto de la mansedumbre nos ayuda a encauzar nuestras fuerzas y pasiones, nuestros instintos más profundos y nuestras debilidades ocultas. La mansedumbre nos ayuda a ser pacientes con la vida, con las debilidades propias y ajena, con las circunstancias adversas. La mansedumbre nos enseña el camino de la paz y nos ayuda a perdonar y a buscar siempre la reconciliación de los corazones. La mansedumbre nos lleva a discutir sin intolerancia, a encarar la verdad sin resentimiento, a ser amables y sin embargo no ser débiles. La mansedumbre es un fruto del Espíritu y **sólo se manifiesta cuando estamos rendidos a Dios y la presencia del Espíritu Santo domina en nosotros.**

Dios elige corazones sencillos a los que revelar su voluntad a los hombres, porque Él es el que elige: «*Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla. Si, Padre, así te ha parecido mejor. Todo me lo, ha entregado mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar*». Cuando consideramos nuestras fuerzas pensamos que Dios se ha equivocado, que podía haber elegido a otros más capaces y dudamos de la elección. Pensamos que no podemos hacer nada. Decía San Juan Crisóstomo: «*No digas: -No puedo influir en los demás, pues si eres cristiano de verdad es imposible que no lo puedas hacer. Las propiedades de las cosas naturales no se pueden negar: lo mismo sucede con esto que afirmamos, pues está en la naturaleza del cristiano obrar de esta forma*». Producimos cambios a nuestro alrededor por el mero hecho de ser cristianos, de estar llenos del Espíritu. No sólo soñamos, vivimos una realidad que no es dada como don. Mario Hiriart, un chileno de Schoenstatt, cuyo proceso de beatificación está abierto, decía: «*Santo es, no aquel que sueña con la santidad, sino aquel que vive santamente*». Cuando

⁵ Raúl de la Rosa, “El ermitaño que veía películas de Hollywood”, 134

vivimos a Cristo, cuando actuamos desde la sencillez con la fuerza de Dios, los frutos no son nuestros, pero son manifiestos. **El Espíritu actúa a través de nuestra vida como el agua se derrama a través del cauce.**

S. Pablo nos recuerda que estamos sujetos al espíritu y no a la carne: «*Vosotros no estáis sujetos a la carne, sino al espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros. El que no tiene el Espíritu de Cristo no es de Cristo. Si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó de entre los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales, por el mismo Espíritu que habita en vosotros. Así, pues, hermanos, estamos en deuda, pero no con la carne para vivir carnalmente. Pues si vivís según la carne, vais a la muerte; pero si con el Espíritu dais muerte a las obras del cuerpo, vivireís.* Romanos 8, 9. 11-13. El Espíritu nos hace hijos de la vida verdadera y nos capacita para obrar milagros que nuestra vida por sí misma no produce. Pero nos empeñamos en aferrarnos al mundo, a la carne, a nuestros gustos y deseos, nos hacemos esclavos de nuestras pasiones. Vivimos carnalmente y no según el Espíritu. ¿Cómo se da muerte a las obras del cuerpo? ¡Cuántas veces intentamos superar nuestras pasiones, vencer las tendencias a veces obsesivas que nos atan! Pero volvemos a caer. La carne tira porque es fuerte. Y el espíritu se deja llevar dócilmente. Suplicamos un cambio en el alma, una verdadera educación. Decía el P. Kentenich: «*Educarse a uno mismo significa no entregarse a la masa, sino tomar uno mismo las riendas en la mano*»⁶. Tomar nuestra vida en nuestras manos es algo serio. Dejarnos llevar por la masa, por lo que todos hacen, es más fácil. Y añade: «*El objetivo de la educación no es guiar fieras, sino guiar interiormente al ser humano y sus instintos hacia Dios*»⁷. Es el fin de toda educación en manos de María. Se trata de dejar que los instintos caminen hacia Dios. **María es nuestra educadora en el Santuario. Ella encauza nuestro fuego interior.**

Muchas veces nos encontramos con personas que han perdido la esperanza y no creen en la vida. No se sienten capaces de realizar sus sueños. Tal vez porque les han dicho que son imposibles. Tal vez se han convencido de su incapacidad por los fracasos que han sufrido. Por eso me gusta la oración que rezaba una persona: «*Yo no puedo, no sé hacerlo. Dame la gracia de confiar con el corazón. Cuando quieras, porque estas miserias mías me hacen agarrarme a ti, me hacen dependiente de ti, me siento necesitada de que me sanes, de suplicar tu Espíritu. Gracias, Señor, porque te lo puedo pedir sin angustia. Sabiendo que me quieres cielo y barro y que siempre seré así y así me tengo que querer, porque Tú me has hecho así*. Nuestra vocación es ser testigos de la esperanza en medio del mundo. Estamos llamados a ser testigos de Cristo con nuestros gestos, con nuestra vida y con nuestras palabras. El otro día leí un artículo lleno de esperanza sobre una persona que padece la enfermedad ELA, enfermedad que la tiene postrada en una silla sin poder mover ningún músculo. Tiene mucha fe en Dios y esa fe le ayuda a seguir luchando, es un testimonio de esperanza. Ella destaca la mayor dificultad de la enfermedad: «*El problema no es tanto la movilidad como comunicarte con el resto de la gente. No puedes hablar, no puedes escribir y estás aislado*». El que escribe el artículo concluye: «*No es necesario preguntarle si cree que merece la pena vivir así. Al conocerla, uno lo sabe*». La fe se manifiesta en su tesón, en su lucha diaria por estar en el mundo, en la alegría y la paz con la que sufre un proceso lento y degenerativo. Aquel que casi no la conoce es capaz de percibir la fuerza de Dios en ella. Con esa esperanza tenemos que aprender a mirar nuestra vida. Con ese espíritu de lucha y entrega. Nosotros no estamos perdiendo la movilidad de nuestro cuerpo, pero a veces tenemos paralizada el alma. Como si no dejáramos que volara, que aspirara a más. Hemos olvidado las alas. Necesitamos dejar que Dios haga con nosotros lo que Él quiera. Su poder transformador nos hace de nuevo. **Tenemos que dejar atrás nuestros miedos y agobios y creer en el poder que tienen la esperanza y la fe en un mundo sin certezas.**

⁶ J. Kentenich, “Ketenich Reader T.1“, 38

⁷ Ibídem, 42